



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 2

Discurso sobre la vida de Juan Sánchez Azcona

Discurso sobre la vida de Don Juan Sánchez Azcona

quien fué político ejemplar
y maestro de periodistas.

Intentaré este trabajo, sobre todo por una consideración que me parece más oportuna cada día: no es justo olvidar demasiado pronto a los pocos hombres que han servido a su patria con altruismo; actitud excelente que por sí misma —sin depender de la obra hecha— merece los honores de la recordación.

Sánchez Azcona colmó la tarea política que la vida le había señalado. Su lema parece haber sido “servir”, y para estimar si lo llenó cumplidamente, no bastaría indicar las altas posiciones oficiales que ocupó, porque entre quienes también las han tenido, no son pocos los androides y dominguillos.¹

Tampoco sería bastante juzgar al personaje fuera del escenario en que fué actor muy distinguido. Pretendo, pues considerarlo, según mi leal saber y entender, sin preterir cuanto viniese al caso; por más que mi modo de ver y de apreciar los acontecimientos y las circunstancias, defieren —bien lo sé— de la opinión general y pueden lastimar entusiasmos o intereses vivos y sostenidos todavía; más ¿cómo sería asequible un juicio amplio y leal de nuestro amigo, sin dar a entender las situaciones externas que definen y aquilatan su vida pública?

Por causa de mi sinceridad, confío en que me perdonarán aquellas gentes a quienes mis opiniones inquieten o molesten. Yo no tengo motivos que me ayuden a ver las cosas menos feas de lo que son, cuando son feas; aspiro en cambio a juzgarlas serenamente para poder acercarme con más intimidad a ellas.

Las actividades públicas de Sánchez Azcona, emanadas de un discernimiento político cabal y oportuno, fueron relevantes por su orientación y por su rectitud.

¹ Androide: autómata con apariencia de hombre. dominguillo: pobre diablo, persona vil.

Tocó vivir intensamente los días en que —una vez más— apareció en la República la función revolucionaria; también cuando los órganos nuevamente creados por ella, entraron en pleno ejercicio destructor; y más tarde, todavía, cuando fué iniciada la obra de construcción, tan notablemente estorbada por la superficialidad de nuestros directores políticos.

En todas estas épocas, Sánchez Azcona fué figura visible; mantúvose siempre a la altura de sus deberes cívicos, sirviendo a su patria con eficacia y evidentemente sin apetencia de recompensas.

Fuera del país, en andanzas de diplomático o en la expatriación; o aquí, en el movimiento contínuo de los sucesos, su obra fué siempre idealista y humanitaria; su larga carrera de escritor, una no interrumpida defensa del ideario original de la Revolución; cátedra persistente de política orgánica; crítica inteligente y positiva de la Constitución, tendencias y técnica de los partidos políticos y de las actitudes y los procedimientos del gobierno; esfuerzo sostenido hasta el día de la muerte, en favor de la libertad. Cuarenta años de trabajo hecho con decisión y sencillez, con gozo y con modestia; sin desfallecimientos, ni desplantes y aun en los días de combate, con una cortesía de caballero.

No anduvo Sánchez Azcona los andurriales de la Revolución, por donde tantos que parecían cívicamente íntegros fueron después a comerciar con sus servicios y a cobrarlos con exceso otros tantos que parecían generosos y aun otros tantos que no los habían prestado.

Funcionario distinguido en varias ocasiones y hombre influyente en casi todas, por su amistad con los próceres o por las consideraciones que le guardaba el mundo oficial, siempre lo conocimos pobre, con una envidiable pobreza que era alegre, pulcra y hasta elegante. Como la de quien posee adentro todo lo que puede tener y solamente sale a buscar afuera lo indispensable para lo que es exterior.

Y en los días de la forzosa ausencia, que más amargos serían para quien tan lealmente había servido a su patria, no le vimos rogar, ni quebrantar su carácter, ni comprometer su dignidad; sino beber tranquilamente el veneno del destierro.

En 1910, Sánchez Azcona se había convertido con extraordinaria celeridad en un gran líder y era núcleo de poderosa atracción para los revolucionarios de entonces, que eran muy pocos.

Convencido y convencedor, fervoroso en su creencia política, eficaz en su enseñanza y vigoroso en su defensa, no tuvo sin embargo, la nota dominante, imperativa y estridente que han desarrollado sin término los líderes de ahora; siempre escogió la actitud de quien enseña y no la de quien manda. Y no padeció la estrechez de juicio que ofusca a los fanáticos, ni la mala ambición que suele extraviar a los vencedores.

Cuestión de temperamento y de cultura; más es justo reconocer, también, que la aspiración nacional era diferente; otras las aspiraciones de los revolucionarios, su origen, su ideario, sus medios de acción y su conducta.

Aquella santa locura que encendió el corazón del país y dió al traste con el régimen más prestigioso e inhumano que haya tenido —régimen de castas, con intocables y todo— ya no pudieron vivirla quienes llegaron a la Revolución en 1913 y mucho menos los que han ido arribando después.

Entre todas las diferencias apuntadas, no será la menor la de que aquellos hombres —1908,10— hicimos la Revolución contra el Poder, sin oro, sin fuerzas materiales organizadas y casi siempre al margen de la violencia. Después llegó la guerra —1913— y a partir de 1916, el Poder ha pretendido hacer la Revolución.

Esto es más difícil: requiere un estadista. Aquello, aunque parecía imposible, fué relativamente fácil.

Bastó que los revolucionarios civiles —entonces no había “generales”— despertaran la conciencia del país y orientaran su opinión insufflando valor en los apocados, actividad y vigor en los lasos, entusiasmo en los mediocres y espíritu de sacrificio en los egoístas. Mas la casta imperial del porfirismo —privilegiada e insolente— rehusó al pueblo, todavía no sólo dar satisfacción a sus necesidades y anhelos más evidentes, sino el simple reconocimiento de ellos. Y entonces, como otras veces en el campo de nuestra historia, reapareció el “general” que andando el tiempo sometería una vez más nuestro ideal democrático a la voluntariosa, dura y fría ley de la espada.

Tantos generales nos han dado nuestras guerras intestinas —mal calificador fué quien les llamó civiles— que a lo largo de nuestra historia han absorbido el poder totalmente y se han sucedido en él con una casi absoluta exclusión de los civiles. Si alguno de éstos ha

ocupado alguna vez la Silla presidencial —¡tres años en los últimos sesenta!—* ello ha sido cosa intrascendente, cuando no ridícula; porque fueron simples puentes provisionales tendidos sobre un hueco cronológico o por encima de alguna confusa situación legal abierta entre el caudillo extinto y su heredero forzoso: otro general.

Todo esto parece natural en una nación que tomada en conjunto no ha salido todavía de la etapa bélica y que tiene, en consecuencia, una personalidad civil abatida y una exagerada y sumisa consideración de la fuerza bruta. Ha tenido que vivir, pues, girando alrededor de una espada, dando vueltas alrededor de un guerrero, ordinariamente tan bien dotado de cualidades positivas para destruir en los tiempos de la violencia, como escaso de aptitudes para construir en los días del gobierno.

Tiene la guerra una importante función en la economía de la humanidad; una porción inevitable en el programa de los siglos. La profesión de las armas no es valor tan sólo, sino también ciencia, arte y pundonor. Es, pues, honrosa y noble; pero estas altas cualidades dejan de serlo frecuentemente en los campos de la "política" y siempre en el caso de quienes meten en el mismo saco la honra y el provecho: patriotismo amonedado.

Y tantos ha habido y hay de éstos, que constituyen una casta y

* Las gentes de pelo en pecho que en nuestras contiendas intestinas lograron reunir y mandar algún grupo considerable de "ciudadanos armados", ganaron luego el título de "general".

Aun de entre las "liebres blancas" que nunca combatieron formal o esforzadamente y cuyo valor, valer y patriotismo —con las honrosas excepciones de siempre— les hicieron entender la "causa" como invitación y oportunidad para asesinar, violar, incendiar y robar a granel, quedaron muchos con aquel honroso título y con la situación consecuente y demás valiosos gajes de la profesión y grado.

Al señor Carranza que se llamó Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y que lo fué, positivamente; que vistió el uniforme de dicho ejército y dispuso y mandó sus operaciones militares hasta donde le fué posible, inmediata y personalmente, ¿le vamos a negar el título de general?

El hecho de que al General Carranza le llamaran Don Venustiano, como al General Díaz le llamaba todo el mundo Don Porfirio; así como que al General Villa no le llamara nadie Don Francisco, ni al General Obregón Don Alvaro, debe tener alguna explicación interesante.

Pero el Don no les disminuyó a aquéllos la calidad de generales, ni se las aumentó a éstos el título de tales.

Esta nota corresponde al cómputo de los tres años en sesenta; pues muchos "civilistas" estiman que Don Venus era un civil sin más complicaciones.

tienen sobre cualquiera otra y aun sobre todas juntas, una ventajosa supremacía.

Por eso, en parte, el maestro de escuela no tiene asiento en la mesa de los ricos, ni honra en la casa de los pobres y en las funciones cívicas y en los negocios del Estado, el hombre civil anda por campos secundarios o francamente en los del servilismo y la blandicia.

Pero el ideal de 1910 está vivo; basta acercar el oído al corazón de la Patria para sentirlo respirar allí. Y nosotros, desestimados instrumentos suyos, continuamos propugnando un régimen que permita al Pueblo tomar parte libremente en los asuntos nacionales, sin que sea cohibido, ni arreado, ni acarreado, ni constreñido; un modo de gobierno que ayude a los ciudadanos a ejercitar sus derechos y que los obligue a cumplir con sus deberes y que enseñe unos y otros a quienes no los conocen.

Vivir con la Ley; no estorbar a nadie en sus aspiraciones justas; existir como seres libres que pueden expresar sus opiniones, escoger su religión, elegir su gobierno; propugnar y establecer la igualdad de oportunidades para todos; tener derecho de poseer, en paz, lo necesario para la vida exterior civilizada y poder abrigarnos con nuestra familia en un hogar inviolable; tal ha sido nuestro ideario desde entonces. En resumidas cuentas, un régimen democrático.

Conversando alguna vez con Sánchez Azcona acerca de estas cosas, pretendíamos definir lo que es el pueblo, en el sentido político y convinimos en que tal concepto implica desde el campesino y el obrero que aspiran a mejorar —fundamentalmente por su propio derecho y por su propio esfuerzo— las condiciones de la vida de ellos y de sus hijos, hasta el más distinguido profesionalista. De tal manera que si de nuestra asendereada familia mexicana segregásemos la porción egoísta y necia de la aristocracia; si quitásemos a los políticos ignorantes, adanes llenos de tretas y hechidos de apetitos; si pusiésemos a un lado a los líderes afanípteros² que engordan con el jugo y la substancia de los trabajadores, y del otro a la plebe abúlica que no desea, ni espera, ni produce, ni consume, más que en una menguada escala fisiológica, quedaría el Pueblo, en el mejor

²Insectos chupadores de sangre, que carecen de alas como la pulga y la nigua.

sentido político del vocablo. El mismo pueblo que todavía espera la llegada del régimen democrático de que hablamos más arriba.

Nuestro amigo fué siempre leal a esta esperanza y con mayor eficacia la mantuvo a medida que pasaba el tiempo. Habíase hecho más hondo su pensamiento, se movía ágilmente; estaba vivo. Sus conceptos políticos no eran precisamente tradicionalistas, sino presentes; actualmente tan bien mantenidos como antes; y si volvía con frecuencia hacia el panorama de 1910, no era porque se hubiese detenido allá, sino porque el pensamiento de aquellos días no ha encontrado todavía una manifestación suficientemente clara y amplia; porque la Nación no ha satisfecho su vieja necesidad de justicia equilibrada y de paz orgánica.

En sus postreros años, Sánchez Azcona se había apartado de las cuestiones de los partidos políticos, porque las contiendas de éstos, no implicaban ya la lucha entre los términos de un dualismo, sino que habían alcanzado el extremo opuesto de una concepción política lineal de cuyo otro extremo habíamos partido en 1908; es decir, habían ido derivando desde el porfirismo, que era, repetimos, un régimen de castas, con intocables y todo, hasta el cardenismo, prolegómeno de un régimen de moscas.

Pero siempre le ví preocupado por la política general del país — ¿qué mexicano inteligente no lo está?— manteniendo incólume su fé en la democracia y su creencia de que la Revolución era el remedio fatal de las enfermedades nacionales.

Así iba caminando por las últimas y más empinadas vueltas del camino y si hubiera podido descansar un rato a la sombra de alguna conveniencia económica —sin tener que soportar la inmediata compañía de los coyotes en un matorral administrativo— aún estaría aquí; mas entre demagogos y parásitos, su talento no tenía empleo, ni sitio su experiencia.

En 1908, Sánchez Azcona entró de lleno en la corriente de las actividades determinadas por su temperamento y por sus estudios y aficiones. Tiempo y facultades entregó desde entonces al periodismo, a la política y a la diplomacia; pero fué el periodismo su vocación, su función principal, su línea de menor resistencia.

Su padre había sido también periodista, político y diplomático distinguido; y por el lado de su madre estuvo emparentado con gentes esclarecidas en ciencias, artes y letras.³

Su natural inclinación se había desarrollado, pues, en un ambiente propicio. Aún no terminaba su escuela primaria cuando editaba ya en una imprenta de juguete, con paciencia china, su primer periódico "*El Tipo*", cuyos "subscriptores" quedaban todos en el círculo de sus más inmediatos parientes y familiares.

En 1890, cuando contaba quince años, hallábase internado en un colegio de Stuttgart, en Alemania, y editaba allí su segundo periódico "*Der Freunderkreis*" en una imprentilla de mano.

Tras de un curso corto en la Universidad de Heidelberg, fué a París y poco más tarde se graduó en la Sorbona en ciencias políticas y sociales. Encontrábase, pues, preparado por todos lados para vivir intensa y provechosamente la tragedia que estaba en gestación en México.

Regresó a la Patria a fines de 1893, ocupándose luego en campos del periodismo y la literatura. Entre 1894 y 1904, se casó, trabajó en algún empleo federal y colaboró como editorialista o redactor en "*El Partido Liberal*", "*El Nacional*", "*El Universal*", "*El Imparcial*" y "*El Mundo*". En 1906 fundó "*El Presente*" y "*El Diario*".

Ocupó una curul en el Congreso de la Unión durante cuatro años, hasta 1908, y actualmente redondeaba aquel exiguo sueldo de diputado, sirviendo en la Escuela Superior de Comercio una cátedra de lenguas vivas, pues además de la suya materna, poseía el alemán, el francés y suficientemente el italiano.

Hízose evidente en 1908 el descontento nacional y se inició la Revolución. Sánchez Azcona tomó entonces una postura clara, una actitud definitiva, entregándose a la lucha con buena voluntad, con entusiasmo, sin reservas; la misma lucha que con diversos aspectos y con mayor o menor intensidad, había de ocupar los últimos treinta años de su vida.

³Se refiere a los Díaz—Covarrubias. Véase en Documentos la semblanza sobre estos personajes.

En aquel tiempo, las gentes de arriba que iban y venían placenteramente a horcajadas en la ignorancia y la miseria de los pueblos — más o menos como van ahora;— la burocracia, las personas maduras y sensatas y cuantos más fuesen oficialmente respetables, estimaban al porfirismo como régimen excelente y eviterno; no pudieron entender por qué iba despertando un sentimiento de rebeldía entre gente joven y bienquista, y como si de nada pudiera surgir algo, tomaron nuestra actitud a mala parte y nos volvieron la espalda, con desprecio, a quienes en 1908 comenzábamos a hablar y a escribir en contra de la venerable máquina porfiriana. Por irresponsables, desatinados y malagradecidos nos tendrían y seguramente acusaban a nuestros padres de no habernos dado mejor crianza.

No hubiéramos podido analizar nosotros, claramente, entonces, por qué creábamos una nueva situación al propugnar con impulso incontenible el cambio radical de un secular sistema político y social; mas el sentimiento y la decisión nacionales en tal sentido eran tan profundos que apenas cayó la vieja dictadura, no quedaron más partidarios suyos que los que no podían dejar de serlo. Vimos como inmediatamente levantaban en alto la bandera revolucionaria, la gran masa de los indiferentes y desconfiados del día anterior y aun la mayor parte de los que nos habían insultado y perseguido por cuenta del porfirismo durante los dos años que acababan de pasar.

Sánchez Azcona, que pertenecía a la clase alta de la sociedad, tuvo que abandonarla, naturalmente; dejó con ella su parentela, sus viejas amistades, sus efectos de siempre y de paso una situación económica mediocre, pero tranquila. Todo lo cual retornó con creces, luego.

Con otros —muy pocos entonces— entregóse a la tarea febril de romper los dorados y respetados moldes que oprimían la vida nacional. Estaba en su elemento; había encontrado su camino. Toda su vida anterior había sido una buena preparación para que entrara como abanderado de la Democracia en aquella etapa de la vida política de México.

En 1908 fundó y dirigió "*México Nuevo*", preparador y encauzador del movimiento libertario de 1910; económicamente colocó a su periódico enfrente de los papelotes subvencionados por la Dictadura

y lo hizo paladín de las clases laborantes como antaño a "*El Diario*", en los días de Santa Rosa y Río Blanco. ⁴

Tres veces fueron decomisados los talleres en que era editado "*México Nuevo*" y su director perseguido, no solo por los calumniadores y los insultadores oficiales y oficiosos, sino por las autoridades mismas. En estas circunstancias, Sánchez Azcona organizaba la Gran Convención Nacional de 1910, de la cual fué presidente y que en Febrero de ese mismo año proclamó a Madero candidato popular a la primera magistratura de la República.

Hasta entonces el porfirismo casi no había dado importancia al movimiento nacional de rebeldía; ahora se la concedió; más no para buscar la solución del problema político y social que lo había producido, sino para sofocarlo.

Recrudescieron los desaguisados y las persecuciones de las autoridades en contra de los zapadores de la nueva era y si no hubo asesinatos políticos por aquellos días o excesos que después han sido muy frecuentes, debióse a que el porfirismo no nos temía; nos despreciaba. ¡Unas cuantas hormigas ciegas pretendiendo arrasar una montaña!

Además, el Caudillo había tranquilizado a los suyos, declarando que si estallase una revolución, le bastarían sus compadres de Oaxaca para aplastarla. De Oaxaca habían de ser, naturalmente, puesto que él era de allá.

¿Padecería también el Caudillo del complejo provincialista que el Poder transforma en preferencias incompatibles con los méritos y deméritos reales de los ciudadanos?

No lo sabría decir a ciencia cierta, pero recuerdo haber leído entonces, en "*El Hijo del Ahuizote*"⁵ este versito:

Rin. . . rin. . . rin. . .
-Quién llama?
-Un oaxaco.

⁴ Sánchez Azcona defendió en artículos periodísticos, a los obreros textiles que fueran a la huelga en 1907, en la zona veracruzana, como director de ese periódico.

⁵ Periódico político, literario y de caricaturas que apareció en la capital en 1885, como opositor del gobierno de Porfirio Díaz, y desapareció en 1902.

-Diga luego que quiere,
Curul o chaco. . .

A principios de 1910, la publicación de "*México Nuevo*" fué suspendida por la autoridad, por alguna buena razón legal, claro está. El gobierno porfiriano era mayor de edad, serio, respetuoso de la forma. Sabía hacer las cosas; era expedito en la técnica de herir a la justicia con su propia espada, con la Ley. Ducho en el arte de suprimir periódicos molestos, usaba un sistema disculpable para las gentes que viven un poco del espíritu y completamente satisfactorio para las que sólo viven de la letra.

Vióse Sánchez Azcona en la necesidad de expatriarse y la satisfizo, disfrazado de cura. ¡Cuán bien no le vendría el tal disfraz si con él pudo viajar cómodamente y sin tropiezo!

Dirigióse a San Antonio, Texas, y apenas llegó, reanudó allá la publicación de su periódico mientras colaboraba con Madero en la redacción del Plan de San Luis.

El gobierno porfiriano se dió cuenta, luego, de que a trueque de apagar aquí un foco de insurrección, lo había encendido también afuera y que la ropa que estaba siendo lavada en casa quedaría tendida al sol y al aire internacionales y sin descuido, ni tardanza, solicitó de nuestro "buen vecino" la extradición del hijo pródigo, acusándole de un delito cualquiera del orden común.

Dos meses estuvo preso Sánchez Azcona en Washington y al cabo de ellos fué juzgado, negada la extradición y puesto en absoluta libertad; más la cosa no quedó allí. Este desgraciado negocio causó revuelo en los círculos diplomáticos de la capital norteamericana, ilustró el criterio de Washington —si no lo estaba ya— respecto de los procedimientos porfirianos y ensanchó las corrientes de simpatía de nuestro vecino en favor de la Revolución.

Apenas se halló en libertad, Sánchez Azcona regresó al país y fué a incorporarse al grupo de insurgentes que mandaba aquella fuerza bien orientada, pero desenfrenada y ciega que se llamó Francisco Villa. Cerca de Madero concurrió a la toma de Ciudad Juárez a principios de 1911.

Entretando se combatía también en los límites entre Sonora y Chihuahua y las filas de los revolucionarios en armas crecían tan

aprisa, que el porfirismo se rindió, embarcó a su caudillo en el Ipiranga y dejó el poder en manos de la Revolución representada por Madero.

Cuando éste fue Presidente de la República, nombró a Sánchez Azcona su Secretario Particular, cargo que desempeñó irreprochablemente hasta la caída del nuevo caudillo.

En 1911, nuestro infatigable periodista había fundado "*Nueva Era*" órgano de la Revolución hecha gobierno. Una de las primeras providencias de los rebeldes de la Ciudadela —1913— fué la de incendiar este periódico, cuyo edificio y maquinaria quedaron totalmente destruídos.

Un poco antes, en 1912, Sánchez Azcona había sido electo Diputado al Congreso de la Unión por el XII Distrito Electoral del Distrito Federal* y presidió la memorable XXVI Legislatura.

Durante la decena trágica —1913— estuvo siempre al lado del Presidente y cuando éste fue aprehendido, nuestro amigo corrió a Apizaco en busca del Coronel Tapia y sus rurales sin haber logrado su ayuda. De allí pasó a Puebla, donde fué hecho prisionero e internado en el Cuartel de San José, en compañía de Jesús Urueta. Mal lo habrían pasado, si la Cámara de Diputados no hubiera hecho con toda decisión y oportunidad las gestiones necesarias para que fuesen puestos en libertad, como lo fueron, al parecer sin reservas.

Excepto para el señor Madero y algunos de sus más inmediatos colaboradores, el cuartelazo de 1913 fué un acontecimiento lógico. Paréceme recordar que a fines de 1912, Luis Cabrera pronunciaba en la Cámara de Diputados un discurso que contenía estas palabras: "Dentro de tres meses, cuando el gobierno del señor Madero haya caído. . ." La medida fué exacta.

El señor Madero era un hombre honrado, un patriota limpio. Como Jefe de la Revolución había sido valiente, oportuno y generoso.

La Nación lo acompañó decididamente en la epopeya de 1910 y cuando triunfó, era el ídolo del Pueblo. En su persona residía la fuerza y la voluntad del México nuevo.

* Xochimilco

Pero el gobierno fué otra entidad, por completo diferente. El rebelde hialino⁶ y positivo, tornóse gobernante borroso y neutro.

¿Puede el lector figurarse al General Franco estableciendo el nuevo gobierno español con Negrín y Alvarez del Vayo como colaboradores?

Pues el señor Madero, jefe de una revolución triunfante, vino a gobernar con sus naturales enemigos, con los reaccionarios. Apoyó el gobierno de la Revolución el mismo ejército que ésta había humillado y vencido; desconoció las fuerzas que se habían alzado para derrocar el régimen porfiriano; levantó en muchas partes el cascajo porfirista tirado por los mismos porfiristas, en contra de hombres cabales que tenían popularidad y fuerza política y que acababan de luchar en un campo o en otro por la redención nacional.

Mas no es todo. Continuó estando de moda la imposición, agravada por el fraude; porque los pueblos habían acudido a las urnas electorales, efectivamente.

Todo el mundo supo del famosísimo paquete electoral de Aquiles Elorduy, sobre cuyo contenido la Comisión de Credenciales había rendido un amplio dictamen, ¡sin haberlo abierto! Anotó igualmente la opinión nacional, otros hechos no tan extraordinarios, pero igualmente graves; suficientes para desprestigiar a un régimen recién nacido. Incidentes lamentables, innecesarios y torpes, acaecidos en el seno del nuevo Congreso General, en donde la Revolución triunfante alzaba como bandera visible el respeto al sufragio y en donde los más destacados representantes oficiales de ella estrangulaban aquel sagrado compromiso.

Fundó el gobierno del señor Madero un partido político, progenie de las aplanadoras oficiales que hemos conocido después. Era el Partido Constitucional Progresista,⁷ burlador de la voluntad popular e instrumento de la imposición.

⁶Transparente, cristalino

⁷Creado en julio de 1911, sustituyó al Partido Nacional Antirreeleccionista, muchos lo vieron como el partido oficial del gobierno maderista.

Dentro de este partido, los liberales —con su presidente Trejo y Lerdo de Tejada⁸ a la cabeza— sirvieron eficazmente en la obra de la discusión y la votación de las credenciales de los nuevos padres conscriptos y a poco andar se apartaron de él, —del Partido Constitucional Progresista porque su contacto era inmundo. ¡Vade retro! Entretanto el Lic. Escudero,⁹ Vice-Presidente del mismo Partido Liberal, iba a las juntas del Bloque Renovador y dejaba el corazón entre nosotros, en el Salón Verde de la Cámara. Política superficial y veleidosa: el Presidente del Partido Liberal fué a formar, por fin, entre los opositoristas, mientras que el Vice-Presidente pasaba lista entre los ministeriales.

Por otro lado, el Ministro de Gobernación¹⁰ —de la Revolución— y Monseñor Boggiani¹¹ se hacían zalemas completas y pretendían ponerse de acuerdo en materias de la política interior.

Otros representantes de la Revolución —no sé yo que tan legítimos— andaban también por ahí, en extrañas posturas. Recuerdo a Iglesias Calderón,¹² escuchando con recogimiento las tabarras de Doña Belén de Zárraga.

En tanto, el señor Madero había enviado a los diputados un proyecto de ley de imprenta que mereció el nombre de Ley del Perro. Entrañaba aquel proyecto de ley un impulso de regresión tan violento, como inexplicable en un caudillo triunfante que sin cansancio había prometido respetar la opinión pública.

Por otro lado, las elecciones en Veracruz, en Sinaloa y en Sonora, habían producido rebeliones y desórdenes locales más o menos serios y los gaviristas, los gayousistas y los banderistas y otras bandas y partidas campaban y campeaban por ahí, garbeado todavía con modestia, procurando lutos y sembrando desconfianza. A poco, se combatía de nuevo a Morelos, en Michoacán, en Guerrero, en Sinaloa, en Sonora y en Chihuahua. Pedían unos “Tierra y Libertad”; preferían otros “Paz y Justicia”; otros querían “Tierra y Justicia” y

⁸ Carlos Trejo y Lerdo de Tejada.

⁹ Francisco Escudero y López Portillo.

¹⁰ Rafael Hernández Madero, primo del Presidente Madero.

¹¹ Visitador apostólico que pretendía la pacificación nacional.

¹² Fernando Iglesias Calderón, hijo de José María Iglesias opositor de Díaz

otros en fin, "Paz y Libertad." Y seguramente todos necesitaban lo que pedían.

En aquella trapisonda, algunos destacados liberales habían hecho causa común con sus legendarios enemigos políticos, los católicos, en contra del gobierno, tratando quizá de equilibrar una situación entre el respeto a la ley y los procedimientos del maderismo, que parecía no ver más intereses que los de su momentánea estabilidad. Estabilidad que habría asegurado consistentemente con un poco más de energía y un poco menos de bondad.

Subrayando el embrollo político, mientras el ilustre periodista católico Don Trinidad Sánchez Santos¹³ se curaba de una paliza física que le habían dado unos "liberales", los diputados católicos juraban en la Cámara la Constitución del 57 y las ¡Leyes de Reforma! Y el señor Madero, que era grado 33 de la Masonería, reconocía legalmente al Partido Católico y le abría las puertas del gobierno de la Revolución.

Pero todo lo que ha dicho era, esencialmente, mucho menos grave que el olvido en que el maderismo oficial parecía haber echado aquellas cuestiones que fueran causa eficiente de la Revolución; los problemas de la tierra y del trabajo.

Tras una corta etapa, en que la Nación, consciente de la que había puesto en manos de Madero, esperaba que su gobierno sería el principio de una era de paz orgánica y de la realización del nuevo ideario nacional, se hacía evidente que el régimen inmediatamente emanado de la Revolución era enemigo de la Revolución. No en el ideario; en el hecho.

Urgíamos al gobierno a rectificar su aristosa y desorientada política, a desenredar sus procedimientos, a cumplir sus compromisos, a conjurar tantos desórdenes, excesos, perturbaciones y trastornos; mas nada podíamos hacer porque... el señor Madero proclamaba la integridad de Zapata a la hora misma en que Zapata se comprometía a colgar al señor Madero del balcón central de Palacio.

¹³ (1859-1912) N. en Tlaxcala, educado en Puebla. Funda en 1899 *El País* en donde se atacó al gobierno del Presidente Madero.

Entre todas estas cosas, ¿hubo alguna plausible? Probablemente; pero inusitada en días de crisis y más imprudente y arriesgada que recoger laureles y echarse a dormir sobre ellos.

En la posición del señor Madero, cualquier hombre con medianas dotes de estadista, habría mantenido la paz, aun dentro del estado crítico que la Revolución había puesto en claro; su gobierno no era una utopía, pero casi no tenía casta revolucionaria, ni disciplina, ni aptitudes, ni normas nuevas positivas.

Un simple cambio de personas no podía interesar a la Nación, porque las causas que la habían movido eran mucho más hondas y mucho más complicadas y difíciles de entender que lo que han creído la gran mayoría de los revolucionarios auténticos y falsos. Aunque muchísimos mexicanos, aisladamente, no se dieran cuenta de ello, la unidad que se llama conciencia nacional estaba pendiente de que se regresara o se detuviera el movimiento renovador, contrariando un vasto plan cuya ejecución abarcaba a toda la humanidad y que no sabemos por qué había comenzado a desarrollarse aquí, en México, en 1910.

Un hombre, quienquiera que fuese, si estorbaba, importaba poco en tal caso.

Presentóse, pues en contra del maderismo oficial, que en lugar de positivo había resultado neutro, un dilema inexorable; la regresión con Huerta; la Revolución con Carranza. Uno y otro representativos, con el arma al brazo, al mismo tiempo y en los mismos días, llegaron a tener un mismo objeto en lo más inmediato: tirar a Madero.

Durante el corto periodo maderista, Sánchez Azcona, más que otra cosa, hacía cuanto se podía hacer para aliviar a los lastimados por la decepción, para aplacar a los impacientes, para atraer de nuevo al seno del maderismo a quienes iban separándose de él. Estuvo siempre al lado del Presidente y cuando éste pasó a mejor vida, nuestro biografiado pugnó por salir del país; mas no procuraba huir. Por lo pronto tenía el proyecto de ir a París a impedir que el gobierno de Huerta aprovechara un considerable empréstito que los banqueros franceses habían concertado con Madero. Y lo consiguió plenamente.

A punto estuvo de fracasar en su intento, pues hallándose ya a bordo del vapor alemán Corcovado, fué aprehendido y encerrado

en la Comandancia Militar de Veracruz; pero pudo escapar y logró embarcarse y salir en el vapor americano Monterrey.

De paso organizó en La Habana la Junta Revolucionaria Constitucionalista; comunicóse con Carranza, envió a cuantos correligionarios pudo engrosar las filas de la Revolución y finalmente se dirigió a París con el objeto que indicamos más arriba.

Claro que fundó un periódico en la Ciudad Luz. Daba a conocer en él los motivos de la guerra que se desencadenaba aquí y las razones que animaban y movían al pueblo mexicano en su batallar, ahora sin cuartel, en contra de la reacción porfirista. Ese periódico se llamaba "*La Revolution au Mezique*".¹⁴

En el mismo año de 1913, regresó Sánchez Azcona a México, reuniéndose con el Primer Jefe en Piedras Negras. Le acompañó en su viaje a Sonora y estuvo encargado allá de la Secretaría de Estado del Gobierno sonorenses hasta Enero de 1914, cuando Don Venustiano le nombró Agente Confidencial y Representante, en Europa, de la Revolución Constitucionalista. Pronto quedó restringida esa representación a los países aliados y a España, al estallar la Gran Guerra en aquel mismo año; pero ya había recuperado la mayor parte de nuestras legaciones y consulados.

No era fácil en manera alguna la tarea del emisario de la Revolución; no representaba a un gobierno, propiamente dicho y, además, la guerra, aquí, causaba un constante menoscabo en los intereses de los extranjeros a quienes maltrataba también en sus personas, produciendo todo ello motivos y temas para exigencias y demandas de carácter internacional. Por lo menos los extranjeros tenían quien clamara por ellos y los defendiera en lo posible, mientras nuestros propios nacionales —*vae victis*— estaban sometidos a la soberbia y a la impunidad de los guerreros, por uno y otro lado.

Muy relevante ha de haber sido la gestión de Sánchez Azcona, cuando en el parlamento español, uno de los más altos de Europa, amigos y enemigos del gobierno actual de España, le tributaron merecidos elogios. Y tales funciones no son frecuentes por allá.

Sin la documentación que sería necesaria, suplida con la persuasión y la habilidad, Sánchez Azcona rescató del agente huertista

¹⁴ Se publicaba en París y colaboraban como redactores el Sr. Atl y José Vasconcelos, especie de hoja volante con informaciones de las actividades antihuertistas.

Adolfo Marx un millón de marcos en oro y logró también sin cargas para México que fueron rescindidos los contratos que el gobierno de Huerta había celebrado con la Cartoucherie Francaise. En seguida fué a Londres y pudo recobrar allá nuestra Agencia Financiera y con ella algunos millones de pesos en libras y dólares, los cuales valores quedaron bajo su personal custodia con la anuencia del gobierno inglés.

Por esos días —a fines de 1916— los gobiernos de España, Francia, Italia y Suiza habían reconocido al Constitucionalismo y Sánchez Azcona regresaba llamado por el señor Carranza, quien le encomendó durante los dos meses siguientes a su arribo, el estudio del anteproyecto de la Constitución Federal que más tarde fué presentado a la asamblea de Querétaro.¹⁵

Por 1917, siendo ya el señor Carranza Presidente Constitucional de México nombró a Sánchez Azcona su Ministro Plenipotenciario en España, Francia, Bélgica e Italia. Sánchez Azcona presentó credenciales al Rey español en mayo de ese mismo año; en Julio al Presidente de Francia y en Septiembre al Rey de los belgas, por quien fué recibido con distinción especial en La Panne, en las trincheras frente al enemigo.

Regresó a México el año siguiente, presentándose candidato por el Distrito Federal al Senado de la República; fué electo y presidió la Cámara y la Comisión de Relaciones Exteriores.

A principios de 1919 habíamos fundado la Liga Democrática, el General Rafael Cepeda, distinguido personaje civil de la Revolución, Sánchez Azcona y yo, decididos a luchar cívicamente en contra de la imposición de Bonillas. No estábamos solos, ni mucho menos.

Aparte ciertos personajes oficiales, líderes del “civilismo” —con tan atractivo marbete aparecía la imposición— que propugnaban la

¹⁵ Estuvo solamente unos meses en México y no concurrió a Querétaro, por lo que no fue diputado constituyente de 1917.

candidatura del señor Bonillas, parecíanos que ésta sería rechazada por el país entero. Y no nos equivocamos.

Aquel conato de imposición del ilustre Varón de Cuatro Ciéneas, dió al traste con su gobierno y fué la causa mediata de su muerte, que de veras lamentamos quienes no podíamos estar interesados en tal término, porque era inhumano e innecesario y en manera alguna podía favorecer nuestro propósito de luchar democráticamente.

El asesinato del Presidente Constitucional de la República Mexicana, Don Venustiano Carranza, creaba, además, una situación nacional de peor origen y aspecto que la de 1913.

Don Venustiano, duro y recio varón como Bernardo del Carpio; honorable como Degollado; de autoridad personal intransigente y rígida, como Don Porfirio y tan testarudo como Kerabán, escogió de entre sus colaboradores inmediatos al menos perceptible para que rigiera los destinos nacionales.¹⁶ Y como si esto fuese poco, púsolo en el peligroso campo de la sucesión presidencial frente a Don Pablo González, núcleo, organizador y Comandante en Jefe del Ejército del Noroeste y más tarde del de Oriente, hombre honrado, serio, reflexivo y fuerte; y frente a Obregón, núcleo, organizador y Comandante en Jefe del Ejército del Noroeste, general con extraordinaria fortuna militar, tipo clásico de caudillo, con voluntad, ingenio, simpatía, audacia y muy pocos escrúpulos.

Naturalmente, la candidatura del señor Bonillas quedó muerta desde luego; mas no la matamos nosotros, sino el pueblo, que con maligna alegría la colgó aprisa de un couplet de moda:

Y al pedirle su nombre,
No lo sé, respondió.

Nadie sabe de donde ha venido.
Ni como se llama, ni donde nació.
Flor de té, flor de té...¹⁷

Y bien, Sánchez Azcona prestó al país servicios muy eficientes

¹⁶ Se refiere Ignacio Bonillas.

¹⁷ "Flor de Té" era el apodo dado al candidato presidencial Ignacio Bonillas, impuesto por Carranza, aludiendo a su desconocida trayectoria. Como decía la canción, nadie sabía de donde había salido.

desde la Liga Democrática, a cuyo empleo puso todas sus aptitudes. El empuje fué duro: llevóse a cabo un extraordinario trabajo de propaganda en toda la nación, para que los ciudadanos formaran opinión propia y se dispusieran a la lucha electoral. Y luego, la Liga convocó a una convención nacional que fué celebrada en esta ciudad de México, de la cual convención surgieron un programa de gobierno y un candidato ameritado. Pero el Ejército que suele resolver a la postre nuestros pleitos políticos, resolvió aquél, agrupándose alrededor del General Obregón al punto que Don Venustiano había muerto y el General González —de la noche a la mañana— renunciaba su candidatura dejando en poder del enemigo armas y bagajes.

Desearía extenderme sobre este momento de nuestra historia política que ofrece algún aspecto extraordinario; mas no dispongo del espacio indispensable. Lo haré en otro trabajo.¹⁸

Solamente diré ahora, que a principios de 1920 el General Obregón estaba preso —con la ciudad por cárcel— y sin probabilidades de ayuda militar inmediata; mientras que el General González mandaba el Ejército alrededor del Distrito Federal, y que en tales circunstancias no faltaron gentes allegados a este Jefe, que le aconsejaban y constreñían a suprimir a su rival y enemigo, por medio de la nada romántica sino clásica diligencia del asesinato político; sugestión que el General González rechazó sin vacilar.

Días antes de que ocurriera la tragedia carrancista, Sánchez Azcona había ocupado el Ministerio de Relaciones Exteriores, en donde su tarea fué muy eficaz, pues no era poca su experiencia en materias internacionales y en asuntos de la diplomacia. Y necesitaría de toda ella para explicar a los ministros de Don Venustiano en el extranjero, el acontecimiento de Tlaxcalantongo y los que inmediatamente le habían precedido. El caso es que solo por excepción hubo alguna renuncia en firme y el conato de alguna otra, abandonado a las veinticuatro horas.

Poco después, cuando el general Obregón —ya el indiscutible jefe de la República— había colocado a De la Huerta como Presidente Substituto, Sánchez Azcona entregó al nuevo gobierno la Secretaría

¹⁸ Posiblemente se trata del libro *Inter Nos* escrito por Mendivil, sobre la Revolución Mexicana. De este libro tenemos noticia por un artículo de Sánchez Azcona en el que se hace una reseña, en 1929, pero ignoramos la editorial que lo publicó

de Relaciones, con sus servicios bien encauzados y en plena y sana actividad.*

A mediados de 1920, nuestro hombre volvió a cruzar el Atlántico, con rumbo a España, a donde De la Huerta lo enviaba como Embajador en misión especial.

Esta vez no pudo presentar credenciales, a pesar de los antecedentes que también podían haberle apoyado en la madre patria. El Ministerio español abrigaba razones que seguramente eran dignas de ser atendidas por el gobierno de México, que por no tener nacionales numerosos, ni directos intereses de cuantía fincados en Europa, a veces había aprovechado un poco más de la cuenta su ventajosa situación en los problemas de sus relaciones internacionales. Temería también —creo yo— que el nuevo gobierno mexicano estuviese falsamente asentado, puesto que en el aspecto de los hechos finales, parecía surgir del jacal en que fué asesinado el Presidente Constitucional de la República Mexicana, Don Venustiano Carranza.

Ignoro si la Cancillería española ofreció oficialmente alguna buena razón o algún buen pretexto para no recibir al Embajador; o, mejor dicho, ignoro si para no reconocer la aproximada legalidad del nuevo gobierno y dar tiempo, al tiempo, el Ministro español pondría alguna tacha a nuestro enviado; más yo formé opinión personal en este caso y la diré ahora.

Había andado algunos meses en viaje de recreo y estudio por la Europa occidental, cuando a fines de 1920 me dirigí a España para pasar allá el invierno. Y no hacía muchos días que estaba en Madrid cuando recibí una invitación de Don Eduardo Doto¹⁹ para visitarle. Sin pérdida de tiempo aproveché la oportunidad que me ofrecía la benevolencia del señor Doto, quien además de ser un talento político celebrado en el Continente, era entonces el Jefe del Gobierno Español.

*Por esos mismos días, el autor de estos apuntes entregó el Ministerio de Hacienda y Crédito Público, rehusando sus servicios al gobierno emanado de Tlaxcalantongo.

¹⁹Doto Fradier, Eduardo (1850-1932). Político y juriconsulto español. Fue varias veces jefe del Gobierno y murió asesinado.

No tuve dificultad para suponer lo que el distinguido ministro podía desear de mí.

La guerra europea; la situación de México; mis impresiones de España; pero en líneas curvas su atractiva conversación fue a tocar fuertemente tres temas concretos: el asesinato del señor Carranza ¿no provocaría otro levantamiento nacional como el del señor Madero? El gobierno que se iniciaba ¿daría garantías más positivas a las personas y a los intereses de los españoles? ¿Pensaba el general Obregón reanudar los servicios de nuestra deuda exterior?

Bien entendí que nuestro Embajador no sería recibido entonces. La situación del gobierno mexicano parecía, desde allá, más falsa de lo que era en realidad y es que aquella realidad resultaba ininteligible para el concepto español normal; por lo de Tlaxcalantongo tenía el precedente de 1913, pero el ascenso de Herrero era considerado como un bofetón al Ejército y un desafío a la Nación. Y aquellas gentes querían caminar en terreno más firme; seguramente no consideraban nuestra conducta nacional e internacional, ni muy legal, ni muy decente y como solo especulativamente podían exigir de México, fueron a colocarse a la zaga del Tío Sam, que no es pariente nuestro, sino vecino muy respetable con decisiva influencia en nuestra casa.

Y bien, hasta dos años más tarde —previas las pláticas de Bucareli—²⁰ reconocieron al gobierno mexicano los Estados Unidos y los arreglos hechos con nuestro “buen vecino” fueron norma que otras naciones adoptaron. En cuanto España, recibió un ministro nuestro hasta Octubre de 1921, casi dos años después de haber aparecido la dinastía sonoreense.

En Febrero de 1921 embarcóse Sánchez Azcona en Santander y habiendo regresado a esta noble y sucia Ciudad de México, el General Obregón le confió un puesto de consejero en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Poco tiempo después, en 1923, nuestro hombre volvía a editar “*El Diario*” en su segunda época y otra vez en vísperas de la su-

²⁰ Los E. U. no reconocían a los gobiernos emanados de la Revolución hasta que en 1923 se firman los Tratados de Bucareli en donde el gobierno de Obregón acepta resarcir los daños causados por la Revolución a los extranjeros.

cesión presidencial, —vísperas de matanza— andaba en busca de un candidato independiente a quien servir o a quien hacer servir a su siempre batallador anhelo de política orgánica y de lucha electoral democrática.

No por méritos de De la Huerta, que hasta el día anterior había sido Ministro de Hacienda de Obregón —siendo la hacienda lo que peor andaba según informó dicho general a la República en su manifiesto relativo— sino por supuestos de méritos del General Calles, había una fuerte corriente de opinión en favor de De la Huerta y a su lado vinieron a colocarse muchos políticos que fueron servidores incondicionales del obregonismo —algunos lo eran todavía— y más de la mitad del Ejército. Parecióseles, pues, a De la Huerta y a los suyos, que todo lo tenían y con buen ánimo se lanzaron a la guerra, que era precisamente el campo en que nada tenían si no tenían a Obregón. Y así salió todo ello.²¹

Esta vez el Manco de Celaya no dejó títtere con cabeza y sólo escaparon quienes pudieron huir oportunamente al extranjero, hacia donde los había precedido De la Huerta, como en tales casos es sabia costumbre hacer si fuese posible.

Aquella guerra que no parece haber tenido ninguna buena razón de ser, desarrollada en gran escala y tan descabezada por un lado como costosa por todos, dejó al general Calles el campo limpio de enemigos y libre de tropiezos el camino hacia la Presidencia.

En estos sucesos Sánchez Azcona no tuvo arte ni parte, aunque de querer, bien pudiera haberlas tenido. Continuó dedicado al periodismo profesional y por este tiempo servía también una cátedra de Historia Universal comentada, en el Colegio Militar.

Y ahora, recordando cuan desafortadamente agravieron al General Calles —después de que había sido desterrado, naturalmente— casi todos sus amigos y la mayor parte de sus procuradores y ahijados, bien podemos decir, quienes en los últimos treinta años no hemos tenido ocasión de molestarlo ni siquiera con un saludo que su periodo presidencial —1924-28— ha sido el más útil para la nación desde 1910. “¡Malgré tout!”

²¹ La rebelión delahuertista, en 1923, desconoció al gobierno del general Obregón. Resultó un fracaso y Adolfo De la Huerta tuvo que refugiarse en Los Angeles, California.

En 1927, Sánchez Azcona volvió a la política activa —la cual no era enfermedad suya recurrente sino su ejercicio natural y consuetudinario— y fué a ocupar un asiento en el histórico Partido Nacional Antirreeleccionista, en cuyo seno había contado siempre con un lugar de honor.

El proyectado retorno del general Obregón a la Presidencia de la República, había alborotado a los antiguos antirreeleccionistas y a los nuevos, así como a los nuevos reeleccionistas; ya no había antiguos. Por cierto que los diputados reeleccionistas de 1927, alcanzaron extremos no conocidos en los tiempos porfirianos, pues llegaron a expulsar del Congreso a una pequeña minoría de representantes ortodoxos quienes gozaban de fuero constitucional precisamente y sobre todo, para que pudiesen tener y sustentar opiniones políticas, sin los riesgos que por causa de ellas corremos los demás mortales.

Acerca de este negocio recordaremos nuestra opinión expresada en otra obra. Consideramos la “no reelección” como una simple conveniencia política en México; es una de las dos modalidades extremas del principio de efectividad del sufragio, proclamado en 1910. Si forzosamente hubiésemos de adoptar un extremo, al pudridero de la continuidad nos parecería preferible la actividad agotadora de una renovación constante; pero no somos amigos de los términos absolutos en esta materia, ni en otra alguna.

Al margen de la contienda política de 1927, nuestra opinión era contraria a la reelección, particularmente porque el candidato de los reeleccionistas* no era, ni parecía un estadista, como sí era y parecía todo un general.

Aunque después de pasar cuatro años en el campo, aliviado de aduladores y serviles, con oportunidad para pensar sin apremio, para recapacitar con provecho; cuatro años de vida recuperativa que le dejaría respirar con libertad, sosegar el ánimo, sanear las emociones, reconocer errores en lo íntimo, sin los estorbos del poder, y, en consecuencia, rectificar juicios y conceptos; más aclarada la visión de los hechos y el perfil de las cosas; más lejana la excitación de las guerras, siempre excesivas en violencias irreparables y menosprecio de la sangre inocente; Obregón, que tenía el valor intrínseco de una

* Obregón.

viva inteligencia, podía ofrecer la garantía de un gobierno fructífero en un segundo período.

Tal pensaría un honesto reeleccionista de 1927, y, como además, no había donde escoger, lo absolvemos de todo corazón.

Contra el sentir nacional, la reelección fué consumada formalmente; pero una entidad recóndita aprovechó ese sentir y sacrificó a Obregón, en "La Bombilla", por medio de un fanático religioso, instrumento excelente, escogido con maestría preparado con arte, empleado con destreza. Yo no he visto claro en el asunto; pero pienso que si el clero hubiera procurado este negocio —como se ha dicho— habría preferido un fanático político para llevarlo a cabo trazando así la culpa hacia los intereses políticos y económicos que ambicionaban y esperaban su turno en el poder; pero ya no con Obregón.

Mientras vamos escribiendo todo esto, nos ocurre pensar que cualquiera puede haber alcanzado a representar la primera magistratura de este país; pero que ha sido excepcional el caso de volver a ella a través de los que ordinariamente entendemos aquí por "elección". Santa Anna fué Presidente once veces y Don Porfirio seis; Juárez dos y el General Herrera una y media. No hay más.

Según los métodos observados, existen tres caminos más o menos asequibles para "agarrar" la Presidencia y los señalaremos partiendo de la era porfiriana, porque para el objeto, bastan los últimos sesenta años. Hacía atrás encontraríamos la misma repetición histórica.

Alcánzala después de cada revolución o contrarrevolución, rebelión o cuartelazo, el caudillo triunfante; Don Porfirio después de Tuxtepec; Madero después de la primera etapa de la Revolución, la etapa casi civil; Huerta después del cuartelazo; Carranza después de la segunda etapa de la Revolución; la etapa guerrera; Obregón después de Tlaxcalantongo; Calles después de la derrota militar y política del delahuertismo.

Siempre quedó resuelta la sucesión presidencial por medio de una guerra más o menos desarrollada. Este es el primer camino; el más arriesgado y el más positivo.

Pero como no siempre coincide la victoria con el principio del período constitucional que ha de llenar el general triunfante es ne-

cesario que alguien cubra el vacío cronológico y aquí está la única oportunidad de los civiles; De la Barra, Lascuráin, Carvajal, De la Huerta y Portes Gil. Es el segundo camino.

El tercero, recorriéronlo aquellos que llevaban la banda tricolor por la voluntad de un caudillo suficientemente fuerte para imponer un presidente: el general Manuel González, el General Ortíz Rubio, el General Rodríguez, el General Cárdenas, el General Avila Camacho.*

Por imperfecta y superficial que sea la clasificación, nos sugiere dos generalidades y dos excepciones. Parece mostrarnos que los presidentes de veras han de ser generales y que los presidentes no de veras, han de ser civiles. Y las excepciones son: uno que fué

* No pongo en cuenta a los "presidentes" de la República electos por algunos generales de una fracción de una junta que se llamó La Convención, porque no lo fueron "de jure", puesto que un grupo de generales o todos ellos juntos carecen de autoridad —¡a donde iríamos a parar!— para nombrar presidentes de México.

Y tampoco lo fueron "de facto" porque nunca llegaron a dominar, ni a ejercer su "autoridad" fuera de la pequeña región que actualmente ocupaban en el país.

En los últimos sesenta años fueron personajes nacionales desde antes de llegar a la Presidencia, Don Porfirio, Madero, Carranza, Obregón y Calles.

Los demás Presidentes, antes de ser Presidentes no eran gentes muy considerables, ni muy ilustres y sólo alcanzaron brillo nacional una vez que estaban sentados en la silla.

Sin ánimo de restarles méritos a éstos, expondremos una perogrullada: cualquier ciudadano que llega a ser Presidente, por ese solo hecho se convierte en un personaje nacional; porque colocado tan alto no hay habitante del país que no le vea y que no lo juzgue por sus aciertos y desaciertos, por sus palabras y actitudes y por sus abstenciones, omisiones y comisiones.

La cuestión es que los políticos que no tenían relieve nacional, no pudieron haber llegado a la Presidencia por el llamado de la Nación y menos aún por la libre decisión del Congreso, cuerpo éste que históricamente pertenece a la doctrina del nominalismo, pue solo por excepción ha sido un Poder y menos aún la Representación Nacional.

Evidentemente, estos ciudadanos de que hablamos, viéronse adornados por la banda tricolor por virtud de la específica e incontrastable voluntad del Máximo actual.

Sobre todos, el General Calles hizo con su voluntad y su poder, un puente por donde pudieron pasar y llegar a la Silla varios ciudadanos y todo sería llegar y estimarse como personajes nacionales desde ab aeterno y asegurarse in petto y en

presidente muy de veras y que parecía civil y otro que parecía general y que no fué presidente en absoluto.

Volvamos a Sánchez Azcona, de cuya vida no podemos ocuparnos sin hacer historia, aunque sea de ésta, abreviada y superficial. Fué, pues, a ocupar su asiento en el Partido Nacional Antirreeleccionista, del cual fué Vice-Presidente en 1927, cuando el perfil de la reelección era ya claro y firme. Unióse entonces a los grupos encabezados por los generales Serrano y Gómez, quienes subidos finalmente en la escalera antirreeleccionista, pugnaban por alcanzar la Presidencia.

Tampoco por este lado había donde escoger y por lo que toca a Sánchez Azcona, andaba siempre tan enamorado de los principios que no se fijaba suficientemente en las personas, a pesar de la principal importancia que éstas tienen aquí, donde casi nadie se la concede positiva y sinceramente a aquellos.

Poco tiempo antes, me parece que a fines de 1926, encontré al general Serrano, una noche, en un elegante "cabaret" que había en el Teatro Iris y le pregunté si era verdad que iba a ser lanzada su candidatura a la Presidencia de la República.

-De eso se trata, me contestó; pero no es cosa resuelta todavía. Tú comprendes que yo no puedo decidirme en asunto de esta naturaleza, sin contar con el definido consentimiento del general Obregón.

Tan categórica y franca respuesta no me dejaba entender, a poco andar, el agresivo desvío de Serrano hacia su jefe y amigo.

público decir, cuando fuese oportuno "a mi me designó el Congreso"; "a mí me eligió la Nación".

Tales conceptos parecen falsos.

Alguna vez oí decir a alguno de los familiares del General Calles -el de mayor estatura entre nuestros pontífices- que generales y ministros, diputados y senadores, políticos y politicastos y aspirantes y expirantes, acudían a pulsar su opinión, a solicitar su consejo y a recibir su consigna y que lo asediaban incansablemente así fuese el problema el de levantar un popote o dejarlo caer, no dejándole paz, ni tiempo "para cortarse las uñas o rascarse la cabeza".

Y siendo esto así -y todos sabemos que así fué- si para resolver cualquiera cuestión cuestioncilla, corrían allá ministros y generales, diputados y senadores, etc., ¿sería posible que para nombrar un Presidente, nada menos, hubiesen pasado sin la indicación oportuna y la decisión precisa del Máximo?

No se concibe.

¿Negóse Obregón a favorecer las pretensiones de Serrano? O habiéndole animado en ellas, ¿quiso luego que las sacrificara, cuando él mismo resolvió reelegirse? ¿Cegó la ambición a Serrano al grado de romper los vínculos que le ataban a Obregón y desconocer la fuerza política y el prestigio militar de éste? O, simplemente, como me ha dicho uno de los principales jefes militares que acaudillaron la rebelión serrano-gomizta, ¿tratábase ante todo de salvar y mantener la bandera de 1910, impidiendo la reelección?

En cuanto al general Gómez, desde luego había comprometido su campaña política declarando en su primer discurso, en Puebla, que reservaba para sus enemigos unas "parcelas subterráneas", —dos metros bajo tierra— sin atender a que en manifiestos y discursos de propaganda electoral, es costumbre y nada cuesta, prometerlas en la superficie, con amplitud mucho mayor, sembradas, y si fuese posible a punto de recoger la cosecha.

La verdad es que ni Serrano, ni Gómez, habían contado con la posibilidad de una victoria electoral y tenían razón; la misma razón que habían invocado otros rebeldes.

Nuestra democracia está muy diluída. Hay una cantidad excesiva de ignorantes y de abatidos por la miseria, que no han tenido o no tienen actualmente conciencia de su valor y de su fuerza, ni actividad espontánea, ni orientación propia. Otra cantidad —excesiva también— de "vivos" diligentes y ágiles, intrigantes y egoístas, con resortes cívicos de panllevar en las "infanterías" y de ahí para arriba, hasta los de alto fuste político, cuyos proyectos implican un futuro económico en redondo, siempre bien logrado. Y son éstos quienes llevan y traen a aquéllos y los hacen cambiar de rumbo, color, sonido y ritmo en cualquier momento. Apenas queda un diez por ciento — los reaccionarios dirán que es menos— de hombres que, además de pensar en la Patria, conocen sus deberes y querrían cumplirlos y estiman sus derechos y quisieran ejercitarlos y que no se deciden a hacer una cosa, ni la otra, más que en tiempos de contagio cívico general.

Pero entonces, ¿por qué los candidatos apelan a la opinión y organizan partidos y lanzan manifiestos y propugnan convenciones y ensucian las paredes con su propaganda?

Porque es imperativo el respeto a ciertas razones políticas profundas que no se sabe cuando pueden surgir y funcionar en la superficie; porque la fuerza material de los gobiernos radica en el número y casi todos nuestros gobiernos se han apoyado en la fuerza material. No

conviene, pues, ni place a candidato oficial alguno tomar actividades o posturas de la imposición. Es de buena política elemental cubrir las apariencias, hacer creer al mayor número que las leyes son respetadas y cumplidas, que no hay imposición, que el pueblo elige. Vox populi. . .

Y mientras mejor representada está la comedia, mayor cantidad de fuerza es obtenida de la inmensa que late en el seno de las masas, para que sea apoyo de las intenciones más o menos recónditas del general en turno y coraza que proteja y defiende a sus criaturas, en contra de engaños, desengaños y descontentos.

Vendrá después la verdad legal en materia de elecciones, la cual verdad no existe para el candidato derrotado; estaba anulada de antemano; porque aquellos que han de proclamarla, suelen ser individualmente, y aun en bloque político, oficial y aplastador, partidarios militantes del candidato oficial. Y dentro de las Cámaras ¿se derrotarían ellos mismos?

Ahora bien, a veces el candidato no oficial esperará a que la imposición sea llevada a cabo del todo para levantarse en contra de ella; pero otras veces se adelanta al tiempo, la da por consumada y se echa al campo de la revuelta desde luego. Esto hicieron Serrano y Gómez.²²

Persona que lo sabe muy bien, me ha asegurado que el mismo día en que los citados generales cedieron aceptar sus candidaturas, resolvieron también prepararse para la guerra y así lo cumplieron; pero con tan escaso sigilo, que a poco andar los preparativos para la rebelión eran notorios, como si Calles y Obregón hubieran sido gentes a quienes se les podía poner la mano encima así como así.

En la madrugada del 1º de Octubre del dicho año de 1927, después de una última reunión con sus amigos, el general Gómez decidió marchar a Perote, donde contaba con tropas de confianza y Serrano a Cuernavaca, a distancia que le permitiría regresar a esta Capital en el momento en que los planes adoptados dieran el resultado que esperaban y que les parecía seguro. Pero todo salió al revés.

²² Los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez ante la inminente reelección de Alvaro Obregón se revelaron en 1927, pues ambos pretendían llegar a la presidencia de la República.

Apenas habían pasado tres días cuando Serrano y un grupo de sus amigos, militares y civiles, eran muertos en Huitzilac por gentes del Ejército y poco más tarde el general Gómez, cogido con las armas en la mano fué fusilado en algún pueblo del Estado de Veracruz.

Con motivo de todos estos sucesos, el gobierno hostilizó y persiguió a los antirreeleccionistas, particularmente a quienes habían sido partidarios visibles de los referidos generales, encontrándose Sánchez Azcona en la necesidad de expatriarse.

Marchóse a La Habana, por su pié, y allá vivió dos años del modesto producto de su pluma. Escribía para "*El País*", periódico de aquella capital y para otros de los Estados Unidos y Argentina y, a las vegadas, como solía él decir, para nuestro "*El Universal*".

En 1930, regresó a México. Ahora le dejaremos hablar a él. Oigamos el mensaje con que saludó al mismo poder que lo había echado:

"Espontáneas gestiones de mis amigos y allegados han dado por fin el resultado de que se me permita regresar a la patria; "sine conditione".

"No se trata de perdón o de amnistía supuesto que no había cometido delito de ninguna clase. Se trata de una rectificación de error, que yo tengo que aceptar, desde el momento en que he venido propugnando que en política la oportuna y justa rectificación enaltece; y si quienes me tenían alejado de la patria por recelos políticos para mí inexplicables, rectifican su error sin humillarme y se reintegran al sendero de la ley, debo aceptar el hecho con franco júbilo. . . Yo perdono. . . Vuelvo a México, sin ambiciones políticas personales, porque si alguna vez las tuve, fueron colmadas y satisfechas; y como no soy vanidoso, aspiro ahora solo al título de hombre de bien. La sed de honores es propia de edades más juveniles que la mía.

"Siempre me ha gustado servir a mi patria, pero estoy convencido de que puede servírsele no solamente en los puestos públicos, sino también desde el periódico, desde el libro, desde la cátedra y desde las mesas de conferencia. Hoy aspiro a que cuando desaparezca puedan mis hijos decir de mí: fué un tanto útil a su patria. . .

"Antes de regresar a los patrios lares y todavía desde el des-

tierro, en virtud de esos nuevos conocimientos adquiridos, quiero transmitir a los gobernantes de mi país la convicción que tengo adquirida de que el destierro hace mayor daño al que lo decreta que al que de él es víctima. Desterrar a alguien es confesar que se tiene miedo de él. La Ley justa y estrictamente aplicada está a la mano para refrenar acciones peligrosas para el país o para la sociedad. ¿Por qué desterrar entonces? En el orden moral el destierro contra la ley es igual al asesinato. . . Si la Revolución está segura de sí misma, no ha menester apelar al destierro de los nacionales que, a más de significar una transgresión de la ley, es una negación de las mismas garantías que la Revolución proclama.

“¿Equivocaciones? Cualquiera puede tenerlas y no son vituperables si fueron idealistas y no causaron daño, sino antes bien sembraron alguna semilla que con el tiempo ha de ser cosecha. Equivocado estuve en hombres, ¡desgraciadamente!, pero no creo haberlo estado en orientación”.²³

De vuelta a la patria Sánchez Azcona se encontró en situación difícil en todos sentidos. Siempre había tenido y tenía ahora un refugio en el periodismo profesional; pero ¿le satisfacía difundir sus pensamientos, solamente? Político positivo y activo, requería también un organismo para ponerlos en práctica, para que se manifestasen en acción, para obrar en terreno de civismo formal.

Instalábase aquí sin recursos y, quizá, desorientado exteriormente; porque desde la antigua situación nacional, en que una minoría más o menos selecta pero evidentemente privilegiada y egoísta, explotaba y exprimía al número, habíamos caminado hasta hallarnos en la linde de una etapa extremadamente opuesta, en la que el número pretendería destruir o deformar la distinción y la libertad.

Cuando la solución de los problemas sociales no admite más espera, las gentes que pierden el seso, las que no tienen seso que perder, los temperamentos primitivos, las fortunas intelectuales de poca cuantía, escasas o sucias, y sobre todo, los pescadores en río revuelto, adoptan siempre una resolución lineal.

²³ Se refiere a que fue partidario de varios candidatos que no triunfaron como Pablo González, Angel Flores, Arnulfo R. Gómez y José Vasconcelos pero siempre por defender la NO reelección, la NO imposición y hacer efectiva la democracia.

La técnica es sencilla: tira cada quien hacia su extremo. Una vez allá, la tendencia es anular la selección y desconocer y destruir las naturales diferencias de aptitud y de carácter que determinan la alta calidad humana. Esta es la extrema izquierda. O explotar, expoliar y exprimir al número por medio de aquellas minorías más o menos selectas y privilegiadas que mencionamos. Esta es la extrema derecha.

Claro que este sistema lineal no puede dejar arreglada ninguna cuestión por mucho tiempo; simplemente las estira y las dilata hasta que se rompen. El resultado inmediato queda establecido en el extremo actualmente más fuerte; pero el problema esencial continúa irresoluto, porque el relativo equilibrio no se encuentra en los extremos.

En cuanto a los términos medios comunes y corrientes, -tanteos en una superficie- señalan entre un extremo y otro, puntos de aparente equilibrio que medio satisfacen las opiniones y los intereses y el gusto y las aspiraciones de unos y otros. Este modo en materia de gobierno es movedido, inconsistente; más inteligente, quizá, pero menos eficaz. A medida que los términos medios se van acercando al centro, se van volviendo neutros; pero tampoco en la neutralidad está el equilibrio.

Muchas personas de buen juicio no pueden concebir la política más que en el sentido bidimensional de los términos medios; gústanles, aunque no suelen servir ni a Dios ni al Diablo; aunque mantengan los problemas vivos y prontos a volverse agudos a poco que se mueve el status más de la cuenta en un sentido o en otro. Negociar en terreno políticamente ilícito; dejar hacer, salvar el momento y perder la oportunidad; rodear estorbos aunque sean fáciles; tolerar lo que no debe ser tolerado; ir a la deriva en lugar de fijar rumbo. Todo esto es indecisión, lenidad y socaronería, cosas que desde lejos y de espaldas se parecen mucho a la prudencia, al arte de transar y a la tolerancia. En fin, política plana ineficaz. En términos generales, si la resolución lineal es propia de ignaros, y desesperados, la superficial, lo es de ineptos, embrollones y vividores; pero, por lo menos, aquéllos andan excitados, con el brazo tenso y el ánimo alerta; mientras que entre éstos no hay esfuerzo, ni obstinación, ni encauzamiento. Aquéllos usan la energía en sentido horizontal, pero definido: un extremo o el otro. Estos la derraman.

Unos y otros engendran la dictadura o la tiranía. Los extremistas, inmediatamente; los superficialistas, a través de la anarquía. Aquéllos endurecen; éstos disuelven.

Y ésto último era, más o menos, la situación política cuando regresó nuestro amigo, y continuó siéndolo por algunos años. El gobierno no se ocupaba de hacer cosas malas o buenas. Faltó entonces, una vez más, el estadista que hubiera sabido aprovechar el momento de aparente calma de los egoísmos extremos, la pasajera quietud de las fuerzas opuestas, para tomar de un campo y del otro cuanto fuese positivamente beneficioso y equilibrador, y construir una síntesis política superior a los extremos y a los términos medios. Y el tomar de un campo y del otro no significaba buscar términos medios en un plano, sino ascender sobre él; intentar, cuando menos, un gobierno cúbico, ya que estamos hablando en términos de política geométrica.

Sánchez Azcona no podía actuar en aquel terreno de marasmo y de abstención discreta porque eso era contrario a su temperamento y a su costumbre; ni podía hacer obra de oposición porque no había ningún organismo completo o vivo para manifestarle eficientemente; ni era fácil crear entonces un tal organismo, porque la nación había entrado en franco sopor cívico.

Si los hechos que precedieron, prepararon y consumaron hasta lo legal la reelección en 1928, habían sido aplastantes para los arres-tos de la opinión independiente, por lo menos se trataba entonces de llevar al poder a un mexicano de gran relieve, a Obregón; pero, en se-guida y sin aquella excusa, en la Convención Nacional de Querétaro, fué despojado, a traición de la victoria política, un ciudadano que había servido a la Revolución en los campos de batalla y después en los de la reconstrucción nacional; un hombre inteligente y honorable, experimentado en los negocios públicos y con gran capacidad para el trabajo eficaz; el licenciado Aarón Sáenz.²⁴

Todas estas cosas eran casi impersonales para Sánchez Azcona; pero precisamente por eso, más elocuentes desde el punto de vista de sus principios. Las instituciones, funciones, órganos y principios que tanto había defendido, iban quedando completamente inválidos por aquel tiempo y el poder se ejercitaba en agraviarlos sin la justi-ficación de un interés patriótico acertado. ¡Que fácil es ahora acusar

²⁴ Político regiomontano (1891-1983) muy ligado a Obregón. Gobernador de Nuevo León, Secretario de Relaciones Exteriores. En 1929 figuró como pre-candidato a la presidencia. En 1930 ocupó la Secretaría de Educación Pública y después la de Industria, Comercio y Trabajo y de 1932 a 1934 fue Jefe del Departamento del Distrito Federal.

al Jefe Máximo de aquel abatimiento nacional!; pero la verdad es que tales desvergüenzas políticas, corresponden principalmente al supino servilismo de los ciudadanos y sobre todo, de los funcionarios; había una pérdida de la dignidad oficial y personal en la vida pública, tan completa y voluntaria, que, según la síntesis callejera, lo primero que hacía el Presidente de la República cada nuevo día, era preguntar quiénes eran sus ministros!*

Quedóse, pues, Sánchez Azcona, al margen de la política activa, ocupado en escribir para la prensa, en preparar sus memorias y en pergeñar los retratos que contendría el primer volumen de su vasta obra periodística, metiendo su vivir a mayor profundidad en el mundo de sus recuerdos y saliendo con menos frecuencia de sí mismo. Es decir, se preparó para morir.

Nada intentaba ya en el campo principal de la acción de toda su vida; hasta algún tiempo después, cuando a modo de la Unión de Veteranos de la Guerra de Independencia, que había en Cuba, se ocupó en fundar aquí la Unión de Veteranos de la Revolución. Por ahí andará todavía el libro de actas, en la primera de las cuales se explica el motivo y el objeto de aquella fundación; mas hubo de sacar las manos de este negocio más que de prisa, porque apenas fué conocida la idea, brotaron "uniones" y aparecieron en ellas veteranos de la Revolución que no habían sido revolucionarios y veteranos ¡también! que no habían nacido a la vida cívica cuando la Revolución agitaba los espíritus y ensangrentaba los campos.

Un último espasmo en 1933, le hizo sacar a "*México Nuevo*" en su cuarta época.

Levantóse el viejo e ilustre paladín y salió muy campante y satisfecho, luciendo su coraza resplandeciente y su airón blanco; pero el martillo le abolló el peto y la hoz le arrancó las plumas y le hirió en las viejas alas cansadas; aquellas mismas alas que otrora volaron alto por la redención de quienes llevan hoces y martillos.

Y ya no le ví pugnar más. Fué perdiendo su carácter las últimas aristas; se redondeó su reposo, que no era pereza, sino resignación; su viejo credo político quedó limpio de agresividad; volvióse más tolerante y esperante sin impaciencia —dum spiro, spero—; no quedó

* Ortíz Rubio.

amargura en sus dudas, ni desvió en su amistad, que a nadie supo negar.

Y, así, esperando amablemente, una buena mañana dejó abandonado su viejo cuerpo, sentado en su sillón, sin molestar a nadie; ni aun al médico, a quien, por otra parte, no habría tenido con qué pagar la visita.

Pero ¡ah! con el valor de las coronas mortuorias que le fueron enviadas aquella mañana, habría podido vivir un año más sin preocuparse por el pan de cada día.

No sería justo olvidar que la República le hizo el obsequio de enviarle un buen cajón.

Sic transit gloria.

Aureliano Mendivil
México, Junio de 1940